Voy a ser breve, porque a nadie le interesa y seguramente nadie me crea; pero debo manifestarlo, no para sacarlo de mí, sino como un modo de plasmar un testimonio que a alguien podría resultarle valioso.

Estaba toda la familia reunida en la gran casona vieja de San Miguel, en tiempos en que mi esposa todavía vivía. Se conversaba alegremente en un salón humilde, pero cómodo. El ambiente era afectuoso y lleno de risas.

Cerca de las nueve, el vecino llegó con su mascota y nuestro perro aprovechó para salir a oler las flores de la calle. Hubo un grito, varios nos paramos y salimos para llamar al animal, así como darles una calurosa bienvenida a los recién llegados. En este escenario, quedamos en el patio diversas personas, mientras otras se quedaron en el salón.

Se escuchó un rumor como aquel que precede a los desastres sísmicos de gran magnitud, y el sentimiento fue acompañado por, primero tronidos celestiales, y seguidamente por luces destellantes tras la tupida capa de nubes. Luego del tiempo, he ido cayendo en la cuenta en que este fenómeno debe haber sido muy raro, por cuanto en los eventos naturales, solemos ver primero lo que va a la velocidad de la luz, y sólo luego los fenómenos que ocurren a la velocidad del sonido.

Las cabezas daban vueltas para todos los puntos que el cielo dejaba examinar y las miradas eran atraídas de modo instintivo con el resplandor de misteriosos fulgores. Fue entonces cuando quedé inmovilizado, y todo sucedió rápidamente. Un avión apareció de pronto entre las nubes, pero parecía estar muy cerca, por cuanto sus dimensiones parecían estar magnificadas, o bien, probablemente, ya que su recorrido era alarmantemente cercano a la ciudad.

Aunque esto fue extraño, yo me quedé helado, porque había visto lo que atrás se asomaba, y aunque al inicio pensé extrañado que sería otro avión, esta nave era una muy distinta, de un tamaño varias veces mayor que el de nuestros aeroplanos conocidos.

Era alargada, con varios núcleos adelante, al centro y atrás, con una figura que podría asemejarse a una gran ave, con esfuerzo de la imaginación, pero era de un material extraño, y su estructura era un acomodo geométrico magnífico, de extensión tan considerable, que no pude sobreponerme. Fue uno de mis hijos, quien con un grito exclamó a viva voz que eso era algo alucinante.

El avión siguió su curso, y desconozco su paradero, pero la nave, en medio de lo que parecía una tormenta, redujo se velocidad, y ante los gritos de mi hijo, parecía como si de algún modo hubiera escuchado, o pudiera detectar nuestra locación.

Con una maniobra, viró hacia nosotros, quienes pasmados mirábamos incrédulos, y con una explosión leve de luz, una suerte de efecto eléctrico y magnético recorrió las partes de la gran nave voladora, transformando su forma y silueta, como por arte de magia, en lo que parecía un pequeño carro deportivo.

Esta transformación fue inexplicable, y desafía toda lógica, sin embargo, ahora su vuelo se hacía más aterrador, ya que rápidamente se acercaba a nuestra posición y sin poder siquiera digerir el asunto, ya había aterrizado en el parqueadero de nuestro patio. El objeto brillaba, pero se veía exactamente como un coche de carreras, muy moderno y con acabados nunca antes vistos por ninguno de los presentes.

Claramente pude ver a una especie de piloto, sentado al volante, con un traje que le cubría todo el cuerpo y un casco que ocultaba su cabeza, y también su mirada. El casco no se movía, pues parecía el conductor de tan extraña nave mirar hacia adelante, sin embargo, todos nos sentíamos observados, analizados y desnudos, ante tan avanzada tecnología desconocida.

Fue cosa de instantes. Se posó como una mariposa visitante, y con la misma fugacidad despegó y se perdió en el horizonte con aquella nueva forma que había adoptado ante nosotros. Solo mi hijo balbuceaba que eso era algo de otro mundo, pero el resto nos habíamos quedado sin palabras.